que tan valiente sois, no habréis de querer atacar á un hombre que no podría ya defenderse.

—Buena me parece la reflexión, contesté; pero no la tuvistéis muy presente cuando usásteis de vuestra fuerza conmigo. Decid, ¿no fué una insigne cobardía emplear la violencia contra quien no podía defenderse?

Paciencia hizo un ademán de sorpresa.—¡Oh, los niños, los niños! dijo, luego dirán que no discurren. La verdad está en la boca de los niños. Y se alejó meditando y dirigiéndose sentencias á sí mismo, según su costumbre. Marcasse se quitó su sombrero y me dijo con tono impasible: Cuando os agravien, perdonad, nada hay en el mundo que valga más que la paz.

Desaparecieron ambos, y aquí cesaron mis relaciones con Paciencia, las cuales hasta mucho tiempo después no volvieron á renovarse.

VI.

Tenía yo quince años cuando murió mi abuelo: su muerte no causó dolor, sino una verdadera consternación en la Roca de Mauprat, porque él era el alma de todos los vicios que allí reinaban, y es cierto que había en él alguna cosa de más cruel y de menos

vil que en sus hijos. Apenas faltó él, eclipsóse la especiede gloria que su audacia nos había adquirido. Sus hijos, hasta entonces muy disciplinados, dieron rienda suelta á sus pasiones, entregándose á la embriaguez y á toda clase de desórdenes. Además las expediciones fueron cada día más peligrosas.

Exceptuando el reducido número de leales á quienes tratábamos bien, y que nos eran enteramente adictos, cada dia nos veíamos más aislados y con menos recursos. De resultas de nuestras violencias había quedado abandonado todo el país de las inmediaciones. El terror que inspirábamos, aumentaba más y más el desierto alrededor de nosotros. Era menester ir lejos y aventurarse hasta los confines del llano, donde no teniamos superioridad, y mi tío Lorenzo, el más osado de todos, fué gravemente herido en una escaramuza. Preciso fué buscar otros recursos. Juan los sugirió, proponiendo que nos deslizáramos en las ferias bajo diferentes disfraces y que allí cometeríamos robos de industria. De bandidos pasamos á ser rateros, envileciendo cada vez más nuestro nombre, ya demasiado aborrecido. Establecimos relaciones íntimas con la gente más perdida que abrigaba la provincia, y por un cambio de servicios fraudulentos, pudimos salvarnos otra vez de la miseria.

Digo *pudimos*, porque yo principiaba á formar parte de aquella cuadrilla de Corta-piernas, cuando falleció mi abuelo. Cediendo á mis súplicas, me había aso-

ciado á él en algunas de las últimas escursiones que intentó. Sin que trate de alegaros escusa alguna, debo deciros que teneis delante á un hombre que ha hecho el oficio de bandido. Este es un recuerdo que no me deja más remordimiento que el que tiene un soldado después de haber hecho la campaña bajo las órdenes de su general. Creía vivir entonces en la edad media. La fuerza y la sabiduría de las leyes eran para mi palabras vacías de sentido. Sentíame valiente y vigoroso. Me batía como el primero; verdad es que los resultados de nuestras victorias me ruborizaban frecuentemente; pero como no me aprovechaba de ellos, me lavaba las manos, y acuérdome con placer de haber ayudado á más de una victima derribada á levantarse y huir.

Esta existencia me aturdía por su actividad, sus peligros y sus fatigas, arrancándome de las dolorosas reflexiones que hubieran podido nacer en mi, y sustrayéndome ademas á la tiranía inmediata de Juan. Pero cuando espiró mi abuelo, y se degradó nuestra cuadrilla con otro género de empresas, volví á caer bajo su odiosa dominación. Nada apropósito era yo para la mentira y el fraude, mostrando no solamente aversión sino absoluta incapacidad para esta nueva industria.

Fuí considerado como un miembro inútil y volvieron á principiar los malos tratamientos. Indudablemente me hubieran expulsado, si no hubiesen temido

que, reconciliándome con la sociedad, llegase á ser un enemigo peligroso. En esta alternativa de conservarme en la cuadrilla, y el temor del daño que pudiera hacerla fuera de ella, se decidió muchas veces, segun he sabido despues, que se buscaría un pretexto cualquiera de disputa para obligarme á una riña en la que pudieran deshacerse de mí. Este era el parecer de Juan; pero Antonio, que era el que menos había perdido la energía y la especie de equidad doméstica de Tristán, opinó y probó que era yo más útil que perjudicial, pues además de ser buen soldado, y ocasiones vendrían en que habría necesidad de brazos, podía también adiestrarme en la estafa, siendo todavía muy jóven é ignorante. Y si Juan queria atraerme por medio de la dulzura, hacer mi suerte menos desgraciada y sobre todo ilustrarme sobre mi verdadera situación, haciéndome ver que estaba perdido para la sociedad y que no podía presentarme en ella sin ser ahorcado inmediatamente, tal vez mi obstinación y mi orgullo cederían ante el bienestar por una parte y la necesidad por otra. A lo menos convenía intentarlo antes de desembarazarse de mí, porque, decía Antonio para concluir su homilía:— Nosotros éramos diez Mauprat el año pasado, nuestro padre ha muerto, y si matamos á Bernardo no quedaremos más que ocho.

Este argumento debió convencerle, porque me sacó de la especie de calabozo donde me consumía hacía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ya muchos meses; me dió un vestido nuevo, cambió mi fusil viejo por una hermosa carabina que yo había deseado siempre; me hizo el relato de mi situación en el mundo y me dió á beber de su mejor vino en las comidas: yo prometí reflexionar y entretanto me embrutecí un poco más en la inacción y en la embriaguez que no había experimentado mientras fuí bandido.

Sin embargo, mi cautiverio dejó en mi alma tan tristes impresiones, que juré, allá á mis solas, exponerme á todo lo que pudiera sobrevenirme en las tierras del Rey de Francia, antes que soportar otra vez aquellos malos tratamientos. Un pícaro puntillo de honor me retenía solamente en la Roca de Mauprat. Era evidente que la tempestad amagaba nuestras cabezas.

Nuestros vasallos estaban descontentos, á pesar de todo lo que hacíamos para conservarlos adictos á nosotros; doctrinas de independencia penetraban sordamente entre ellos; nuestros más fieles servidores se cansaban de tener el vino y los víveres en abundancia, pedían dinero y nosotros no le teníamos.

Se nos habían hecho ya seriamente muchas intimaciones para que pagásemos al Estado, los impuestos del feudo; y nuestros acreedores, uniéndose á las gentes del Rey y á los vasallos rebelados, nos amenazaban con una catástrofe semejante á la de

que el Sr. de Pleumartin acababa de ser víctima en el país (1).

Largo tiempo hacía que mis tíos tenían proyectado asociarse á los robos y á las resistencias de este furioso hidalgo. Pero en el momento, en que, próximo á caer bajo el poder de sus enemigos, nos había dado su palabra de acogernos como amigos y aliados, si marchábamos á su socorro, supimos su caida y su fin trágico. Estábamos, pues, á todas horas en guardia; era preciso abandonar el país ó atravesar una crisis decisiva. Los unos aconsejaban el primer partido; los otros se obstinaban en seguir el consejo que les había dado su padre en los últimos momentos de su vida, y en enterrarse bajo las ruinas del castillo. Trataban de cobardía y traición toda idea de fuga ó acomodamiento. El temor de incurrir en semejante reconvención, y tal vez también el amor instintivo al peligro, me sujetaban todavía; pero mi aversión á esta existencia odiosa dormitaba dentro de mi, siempre dispuesta á estallar violentamente.

---

(1) El Sr. de Pleumartin ha dejado en el país recuerdos que preservarán la historia de Mauprat de la nota de exajeración. La pluma se resiste á trazar las feroces obscenidades y los refinamientos de tortura que marcaron la vida de este insensato y que perpetuaron las tradiciones del salteamiento feudal en la provincia de Berri hasta los últimos días de la antigua monarquía Púsose sitio á su castillo, y después de una obstinada resistencia cayó Pleumartin prisionero y fué ahorcado.

Una noche en que habíamos cenado opíparamente, nos quedamos de sobremesa, entretenidos en beber y conversar, ¡sabe Dios en qué términos y sobre qué puntos! Hacía un temporal horroroso, el agua caía sobre el pavimento de la sala penetrando por las ventanas desunidas y la tempestad conmovía las ya viejas paredes. El viento de la noche silbaba por entre las grietas de la bóveda y hacía ondular la llama de nuestras antorchas de resina. Duraute la cena se habían todos burlado grandemente de lo que llamaban mi virtud, tratando mi aspereza para con las mujeres de continencia, y sobre este particular era sobre lo que mas insistían sin duda para ofender mi amor propio.

Como al defenderme de estas bromas groseras á las que contestaba en el mismo tono, había bebido sin tasa, inflamóse mi feroz imaginacion y me jacté de ser mas atrevido que ninguno de mis tios con la primera mujer que trajeran á la Roca de Mauprat. El desafio fué aceptado con grandes carcajadas.

Los rujidos de la tempestad contestaron á esta alegría infernal. De repente sonó el clarin en el rastrillo. Todo quedó en silencio. Era la señal de que los Mauprat se servian para llamarse y conocerse. El que ahora pedía entrar era mi tio Lorenzo que había estado ausente todo el dia. Teníamos tantos motivos de desconfianza que nosotros mismos eramos los llaveros y porteros de nuestra fortaleza. Juan se levantó agitando el manojo de llaves; pero quedó inmovil al punto para escuchar el clarin que anunciaba por medio de una segunda tocata, que mi tio traia una presa, y que era preciso salir á su encuentro. En un abrir y cerrar de ojos todos los Mauprat se hallaron en el rastrillo con antorchas, escepto yo, cuya indiferencia era profunda, y las piernas enteramente enervadas con el vino. Si es una mujer, exclamó Antonio al salir, juro por el alma de mi padre que te será adjudicada, valiente mancebo! y veremos si tu audacia corresponde á tus pretensiones. Permanecí con los codos apoyados sobre la mesa, sumergido en un malestar estúpido. Cuándo volvió á abrirse la puerta, vi entrar una mujer de reposado continente y vestida con un traje raro. Necesité hacer un esfuerzo para no caer en una especie de divagación, y para comprender lo que uno de los Mauprat vino á decirme al oido.

En medio de una batida de lobos, en ia que habían querido tomar parte muchos señores de las cercanías con sus mujeres, se asustó el caballo de esta jóven y la llevó lejos de la caza. Cuando después de correr cerca de una legua se calmó el fogoso animal, quiso ella volver atrás, pero como no conocía el país de Varenne, no logró otra cosa sino extraviarse completamente. La tempestad y la noche habían puesto el colmo á su embarazosa situación. Al encontrarla Lorenzo la ofreció conducirla al castillo de Rocamora, que

aunque estaba á más de seis leguas de distancia, supuso mi tío que se hallaba muy cerca, titulándose además para mejor engañarla guarda de un coto del mismo. La dama aceptó su oferta. Aunque no conocía á la señora de Rocamora, como era parienta suya, se lisonjeaba de que sería bien recibida. Jamás había visto á ningún Mauprat, y ni remotamente podía pensar que se hallaba tan cerca de su guarida, así es que siguió sin desconfianza á su guia, y como tampoco había visto la Roca de Mauprat ni de cerca ni de lejos, fué introducida en la sala de nuestras orgías sin tener la menor sospecha del lazo en que había caído.

Cuando froté mis entorpecidos y cargados ojos y ví á aquella dama tan jóven y tan hermosa, con un aire de tranquilidad, de franqueza y de recato que jamás había encontrado en la frente de ninguna otra, pues todas las que habían pasado el rastrillo de nuestra fortaleza, habían sido insolentes prostitutas, ó víctimas estúpidas, crei estar soñando.

Había visto hadas figurar en mis leyendas de caballería, y casi crei que Urganda venía á visitarnos para hacer justicia; así es que por un momento tuve intenciones de postrarme de hinojos y protestar contra la sentencia que me pudiera confundir con mis tíos. Antonio, á quien Lorenzo había dado rápidamente la consigna, se acercó á ella con toda la política de que era capaz, y la suplicó que disimulase su vestido de caza y el de sus amigos, quienes, según

él, eran todos sobrinos ó primos de la dama de Rocamora, y esperaban para sentarse, á la mesa, que esta señora que era muy devota, saliese de la capilla donde estaba en piadosa conferencia con su capellan El aire de candor y de confianza con que la desconocida escuchó esta ridícula mentira, me oprimió el corazón, pero no acerté á darme cuenta de lo que experimentaba.

—No quiero, dijo ella á mi tio Juan, molestar á esa señora; estoy demasiado inquieta por la zozobra que yo misma causo á mi padre y á mis amigos en este momento, para querer detenerme aquí. Decidla que la suplico que me dé un caballo descansado y un guía para volverme hácia el punto donde presumo que pueden haber ido á esperarme.

—Señora, respondió Juan con mucha calma es imposible que os pongáis en camino con el tiempo que hace; además, esto no serviría más que para retardar el momento de reuniros con los que os buscan. Diez de nuestros criados bien montados y armados de antorchas van á partir ahora mismo por diez caminos diferentes, y á recorrer la Varenne en todas direcciones. Es, pues, imposible que en dos horas á lo más no tengan vuestros parientes noticias de vos, y que no los veais llegar pronto aqui, donde serán hospedados del mejor modo posible, tranquilizáos, pues, y tomad algunos cordiales para reponeros, pues estáis mojada y abrumada de fatiga.

—A no ser por la inquietud que experimento, tendría hambre, respondió sonriéndose la dama desconocida. Haré lo posible por tomar un bocado; pero no hagáis nada extraordinario para mí; habéis usado ya de demasiada bondad conmigo para que abuse de ella. Diciendo así se aproximó á la mesa donde yo estaba todavía con los codos apoyados en ella, y tomó una fruta muy cerca de mí sin percibirme. Volvíme á ella y la miré descaradamente con aire brutal. Ella soportó mi mirada con arrogancia; á lo menos así me pareció. Después he sabido que no me veía, porque aunque se esforzaba por parecer tranquila y corresponder con confianza á la hospitalidad que se la daba, hallábase muy turbada con la presencia inesperada de tantos hombres extraños de malas trazas y groseramente vestidos. Sin embargo, no tuvo sospecha alguna, y oí á uno de los Mauprat decir cerca de mí á Juan:—Bueno; todo va bien; ha caido en el lazo; hagámosla beber y hablará.

—Poco á poco, contestó Juan, bueno será que la vigiléis, el asunto es serio, y se trata de algo más que de divertirse: yo voy á celebrar consejo y se os llamará para que digáis vuestro parecer; pero no perdáis de vista á Bernardo.

—¿Qué es eso? dije bruscamente volviéndome hácia él. ¿Pues qué no me pertenece esta muchacha? ¿No han jurado todos por el alma de mi abuelo?...

—¡Diablos! es verdad, dijo Antonio acercándose á

nuestro grupo, mientras que los Mauprat rodeaban á la dama. Escucha, Bernardo, cumpliré mi palabra con una condición.

—¿Cuál?

—Una muy sencilla, hasta dentro de diez minutos no dirás á esta doncella que no está en casa de la señora de Rocamora.

—¿Por quién me tenéis? repliqué calándome el sombrero hasta los ojos. ¿Creeis qué soy un bestia? Aguardad, queréis que vaya á coger el vestido de mi abuela que está allá arriba, y me haga pasar por la vieja devota de Rocamora?

—Magnífica idea, respondió Lorenzo.

—Pero antes de todo tengo que hablaros, replicó Juan, y se los llevó afuera después de haber hecho una seña á los demás.

En el momento de salir todos, creí ver que Juan quería obligar á Antonio á que me vigilara; pero este con una tenacidad que no comprendí, se empeñó en seguirlos, quedando yo sólo con la desconocida. Por un instante permanecí aturdido, lleno de asombro, y más embarazado que satisfecho de mi posición; después procurando explicarme cuanto pasaba de misterioso al rededor de mí, llegué á imaginarme entre los vapores del vino alguna cosa bastante verosímil; pero que sin embargo fué un error completo.

Creí esplicar todo lo que acababa de ver y oir, suponiendo: 1.° que aquella dama tan serena y tan com-

puesta era una de esas hijas de Bohemia que había visto algunas veces en las ferias; 2.° que habiéndola encontrado Lorenzo errante por los campos, la había traído para divertir á la compañía; 3.° que le habrían dicho mi estado de embriaguez fanfarrónica y que la traían para poner mi galantería á prueba, y que me estarían observando por la cerradura de la puerta. Mi primer movimiento, desde que se apoderó de mí esta idea, fué levantarme y dirigirme en derechura á la puerta que cerré muy bien con llave y cerrojo; en seguida me volví á donde estaba la dama, resuelto como estaba á no darle lugar á que se burlara de mi timidez.

Habíase sentado bajo la campana de la chimenea, y como se hallaba ocupada en sacar sus vestidos mojados á inclinada hácia el hogar, no había reparado en lo que yo hacía: pero la expresión extraña de mi rostro la hizo extremecerse cuando me acerqué á ella. Hallábame resuelto á abrazarla para principiar; pero no sé porque prodigio, apenas fijó sus ojos en mí, se me hizo imposible esta familiaridad, y solo tuve valor para decirla:—Pardiez! señorita, sois encantadora, y tan cierto es que me gustais, como que me llamo Bernardo Mauprat.

—¡Bernardo Mauprat! exclamó levantándose, ¿sois vos Bernardo Mauprat? En ese caso mudad de lenguaje y sabed á quien hablais; ¿no os lo han dicho?

—No me lo han dicho, pero lo adivino, respondí

sonriéndome y esforzándome por luchar contra el respeto que su repentina palidez y su actitud imperiosa me inspiraban.

—Si lo adivinais, replicó, ¿cómo es posible que me hableis como lo haceis? Pero bien me habian dicho que estabais mal educado, y sin embargo habia deseado siempre encontraros.

—¿De veras? dije sonriéndome, vos, princesa de los caminos reales que habeis conocido tantas gentes en vuestra vida? dejad á mis labios que toquen los vuestros, si os place, hermosa mía, y sabreis si estoy tan bien educado como mis señores tíos á quienes ahora mismo escuchabais.

—¡Vuestros tios! exclamó cogiendo bruscamente su silla y colocándola entre nosotros como por un instinto de defensa! ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¡no estoy en casa de la señora de Rocamora!—El nombre empieza del mismo modo y somos de tan buena roca como otra cualquiera, dije yo.—La Roca de Mauprat!., murmuró temblando de pies á cabeza como una cierva que oye ahullar á los lobos, y sus labios se pusieron blancos, pintándose el terror en todas sus facciones. Por una involuntaria simpatía temblé yo también, y estuve á punto de mudar repentinamente de modales y de lenguaje. ¿Qué hay pues de sorprendente para ella? me decía á mí mismo; ¿no es una comedía la que está representando? ¿y si los Mauprat no están detrás de alguna escuchándonos, no les contará ella palabra por

palabra todo lo que haya pasado? Y sin embargo, la infeliz temblaba como la hoja de un arbol... Pero... ¿y si es una cómica? Yo he visto una que representaba el papel de Genoveva de Brabante y lloraba en términos que engañaba á cualquiera. Hallábame, pues, en una gran perplejidad y dirijia mis ojos azorados tan pronto hácia ella como hácia las puertas que creia siempre dispuéstas á abrirse de par en par entre las carcajadas de mis tios.

Esta mujer era tan hermosa como el dia. No creo que haya existido jamás una mujer tan linda como ella. No soy yo solamente quien lo atestigua, pues ha dejado una fama de hermosura que todavia no se ha olvidado en el pais. Era de altá estatura, esbelta y notable por la dignidad de sus movimientos. Era blanca con ojos negros y cabellos de ébano. Sus miradas y sonrisa tenían una expresión de bondad y finura, cuya mezcla era incomprensible; parecia que el cielo le habia dado dos almas, una toda de inteligencia y otra toda de sensibilidad.

Naturalmente, alegre y risueña, era un ángel á quien los pesares de la humanidad no habian osado tocar todavía. Nada la habia hecho padecer; nada le habia enseñado la desconfianza y el temor. Aquel era el primer pesar de su vida y yo, bruto de mí, era quien se lo causaba. Teníala por una jitana y era un ángel de pureza.

Aquella hermosa jóven á quien tanto injuriaba era

mi tia, prima hermana de mi padre llamada Edmunda de Mauprat é hija de Mr. Huberto, tio mio y hermano de mi abuelo, á quien llamaban el caballero, y que había renunciado á la órden de Malta para casarse en edad madura, pues mi tia y yo éramos de la misma edad. Teníamos los dos diez y siete años, con muy pocos meses de diferencia, y aquella era nuestra primera entrevista. La que hubiera debido proteger á costa de mi vida contra todos, estaba allí delante de mí, palpitante y consternada como una víctima delante del verdugo.

Hizo un grande esfuerzo y acercándose á mí que me estaba paseando distraído por la sala, pronunció su nombre y añadió:—Es imposible que seais un infame como todos esos que acabo de ver y cuya vida infernal no ignoro. Sois jóven, vuestra madre era buena y santa Mi padre quiso educaros y adoptaros. Todavia hoy siente no poder sacaros del abismo en que estais sumergido. No habeis recibido muchos mensajes de su parte? Bernardo, sois mi próximo pariente, pensad en los vínculos de la sangre; por qué quereis insultarme? Piensan asesinarme aquí, ó darme tormento? Qué preparan còntra mí? Qué es lo que pasa? La palabra espiró en sus lábios, acababa de oirse un arcabuzazo disparado por la parte de afuera. al cual contestó una descarga de la culebrina, y el clarin de alarma conmovió con sus sonidos lúgubres las tristes murallas del castillo.

La señorita de Mauprat cayó sobre la silla, yo permanecí inmóvil, no sabiendo si aquello era una nueva escena de comedia inventada para divertirse de mí, y resolví no inquietarme por aquella alarma, hasta que tuviese una prueba segura de que no era fingida.

—Vamos, la dije aproximándome á ella, convenid en que todo esto es una burla, supone sois la señorita de Mauprat, y queréis saber si soy un aprendiz capaz de hacer el amor.

—Os juro por lo que más ameis en la tierra, respondió ella cogiendo mis manos entre las suyas fria como la muerte, que soy Edmunda, vuestra parienta, vuestra prisionera y vuestra amiga; pues siempre me he interesado por vos y he suplicado á mi padre que no os abandonase... Pero escuchad, Bernardo, ¿no es un combate lo que suena allá fuera? ¿No son tiros de fusil los que se oyen? ¿Será mi padre que viene á buscarme y quieren matarle? ¡Ah! exclamó arrodillándose delante de mí, id á impedir semejante atentado, Bernardo, amigo mío! Decid á vuestros tios que respeten á mi padre, al mejor de los hombres; decidles que si nos aborrecen y quieren derramar sangre, que me maten, que me arranquen el corazón, pero que respeten á mi padre!...

Una voz furiosa me llamó desde fuera:—¿Dónde está ese cobarde? ¿Dónde está ese desdichado? decía mi tio Lorenzo. Empujaron la puerta, pero la había

yo cerrado tan bien, que resistió á los terribles sacudimientos con que se quería forzarla. ¡Ese miserable cobarde se entretiene en hacer el amor mientras nos degüellan! Bernardo, la *marechausée* nos ataca, y acaba de matar á vuestro tio Luis. ¡Venid por Dios, venid, Bernardo!

—Lléveos el diablo á todos! exclamé, y perezcáis vos también, si creo una palabra de todo eso; no soy tan tonto como pensais; aquí no hay más cobardes que los que mienten. He jurado que sería mía la primera mujer que trajeran al castillo, y no la volveré sino cuando me plazca.

—Anda al diablo con tu farsa, contestó Lorenzo.

Redobláronse los descargas de mosquetería y oyéronse gritos horrorosos. Lorenzo abandonó la puerta y echó á correr hácia el sitio del alboroto. Su precipitación revelaba tanta verdad que no pude resistir, y arrebatado por la idea de que me tuvieran por cobarde, me precipité hácia la puerta.

—O Bernardo! ó Mr. de Mauprat! exclamó Edmunda siguiéndome, dejadme ir con vos, me arrojaré á los pies de vuestros tios, haré cesar ese combate, les cederé todo lo que poseo, mi vida si la quieren... con tal que respeten la de mi padre.

—Mirad, le dije volviéndome á ella, no puedo saber si soy el blanco de alguna burla. Creo que mis tios están detrás de esa puerta, y que mientras nuestros pícaros criados disparan tiros en el patio, otros tie-